

DOCUMENTOS PASTORALES

La Formación de los Laicos

Ya desde la Primera Asamblea Plenaria del Consejo para los Laicos, en 1977, los miembros han deseado empezar un estudio sobre "la formación de los laicos en vista a su participación en la vida y en la misión de la Iglesia". En orden a tener un válido material que fuese básico para el estudio emprendido, el Consejo ha realizado una encuesta dirigida no sólo a los miembros y consultores, sino también a las Conferencias Episcopales del mundo entero. Se hizo un estudio detenido de las relativas respuestas por Continente. Luego los miembros del Consejo se han reunido para la Segunda Asamblea, del 28 de septiembre al 3 de octubre de 1978. El presente documento recoge los elementos principales de las respuestas a la encuesta y las recomendaciones elaboradas por los miembros del Consejo a continuación de los trabajos en grupos que se realizaron durante la Asamblea. Transcribimos el texto español del "Servicio de Documentación", N° 5.

La "Formación de los laicos" fue el tema estudiado por la Segunda Asamblea Plenaria del Pontificio Consejo para los Laicos, celebrada en Roma del 28 de septiembre al 3 de octubre de 1978. Este tema había sido planteado con prioridad durante la 1a. Asamblea Plenaria en noviembre de 1977 y propuesto concretamente para una específica consideración.

Pero, en realidad, ¿qué significa "formación de los laicos"? ¿de qué se trata realmente cuando se plantea el problema y la urgencia de tal formación? Al abordar esta realidad que es un problema actual, ¿acaso no arriesgamos detenernos en un motivo recurrente apto para repetir las más vagas generalidades?

Ya desde el punto de vista semántico, la referencia a la "formación" suscita perplejidades en sus diversas traducciones seculares y eclesiales. Parece no identificarse ni con "training", ni con instrucción, ni aún con educación. No se limita a la catequesis. No indica una precisa, determinada y específica actividad eclesial sino que concierne a los más diversos aspectos de la participación de los laicos a la vida y misión de la Iglesia. Así nos encontramos ante una pluralidad de experiencias y de iniciativas como nos lo han demostrado las contribuciones tanto de las Conferencias episcopales como de los miembros y consultores del Pontificio Consejo para los Laicos en su respuesta a la encuesta realizada por el Secretariado del Pontificio Consejo para los Laicos en diciembre de 1977. Se corre el riesgo de quedar en una acumulación dispersiva y fragmentaria de esfuerzos pastorales sin llegar a discernir ejes y orientaciones convergentes en torno a los problemas claves de tal formación.

Y, sin embargo, no obstante éstas y otras dificultades que podrían anotarse, la exigencia de la formación se hace sentir hoy, con un vigor y una urgencia particulares, a todos los niveles de las comunidades cristianas las más diversas. Resultará, sí, difícil de definir con precisión, y pecará de excesiva abarcadura... pero nada de ello obsta para que, en vastos sectores del laicado católico, ésa evoque la realidad de una necesidad, de una exigencia de la vida cristiana, aunque sea ligada a veces a una sensación de vaga inquietud, o a una búsqueda incierta y angustiada, o a menudo a un proyecto y objetivo serios y rigurosos.

El presente documento resultará, pues, solo un marco genérico, expresión de los numerosos aportes que el Consejo recibió a través de la encuesta citada,

así como de las contribuciones de sus miembros durante la Segunda Asamblea Plenaria. El conjunto sumamente rico de informaciones y observaciones constituye un dossier invaluable para consulta del Pontificio Consejo para los Laicos. Esta síntesis esquemática se presenta pues como un documento conclusivo del "iter" de preparación y realización de la Segunda Asamblea Plenaria del Pontificio Consejo para los Laicos, con la clara conciencia de sus limitaciones ante tan vasta y compleja temática, más apto para realizar y estimular la reflexión y la confrontación de experiencias que a pretender fijar conclusiones acabadas.

I. La formación como exigencia permanente de una vida cristiana y como urgencia contemporánea

La referencia a la formación evoca la necesidad de un crecimiento personal y comunitario en la vida cristiana. Antes que nada, "... todos los fieles, de cualquier estado o régimen de vida, son llamados a la plenitud de la vida cristiana y a la perfección de la caridad (...)" (Lumen gentium, V) desde la "universal vocación a la santidad en la Iglesia". A partir de tal horizonte y dinamismo, la formación indica un itinerario abierto y permanente de conversión, en el que el hombre está convocado a acoger, asimilar, comprender y actuar el don de la fe, asumiendo cada vez más profundamente sus potencialidades y exigencias prácticas e intelectuales, según los tiempos, la edad y las varias condiciones en las que se encuentra. ¿Cómo compartir la fe en seno a una comunidad eclesial en camino? ¿Cómo expresarla en la práctica de las virtudes cristianas y animar la vida en sus múltiples dimensiones con el Espíritu del Evangelio? ¿Cómo comunicarla —a través del testimonio, de la palabra, del servicio— en la vida cotidiana con sus próximos, su familia, su pueblo? Implícita o explícitamente tales cuestiones suscitan la exigencia de "in-formar", de "dar forma" a la propia vida para que su crecimiento sea estructurado en torno a la columna vertebral de la fe recibida en Iglesia. Por eso, la Iglesia ha sido siempre —en modos diversos— "madre y maestra" de la formación de los "Cristifideles". Por eso, también, todos los cristianos tienen el derecho de recibir una formación cristiana adecuada y el deber de buscar tal formación a fin de participar a la vida y misión que Cristo ha confiado a sus discípulos.

Pero no cabe duda que esa referencia a la formación de los laicos ha adquirido una resonancia y una urgencia particulares en tiempos del Concilio Vaticano II —y ya desde los años precedentes de la post-guerra en Europa— y en modo más acentuado en los últimos años post-conciliares. No es por acaso que una formación básica pero rudimentaria, que se podría calificar de implícita por una permeabilidad constante a las influencias de un medio ambiente fuertemente religioso, parece hoy tendencialmente en crisis. La emergencia histórica acelerada, desigual contradictoria y desequilibrada de la civilización urbano-industrial ha ido sacudiendo y transformando los modos de hacer, de pensar y de actuar en la vida de los hombres y de los pueblos. Con ella, el impacto de una multitud compleja de factores —socialización, interdependencia y "movilidad" a escala planetaria, difusión científico-tecnológica desde un ethos racionalista, expansión de la escolaridad, bombardeo de un mosaico incompromisible de mensajes, propuestas y técnicas circulando con volumen e intensidad inauditas como productos culturales sostenidos por potentes medios de comunicación, tendencias vigorosas de secularización, despliegue de un pluralismo cultural, difusión de ateismos prácticos, ideológicos y de Estado, aceleración de contradicciones sociales y políticas en y entre los pueblos y naciones, etc.— ha provocado una cierta crisis de los agentes tra-

dicionales de "socialización" religiosa o, al menos, ha demostrado sus insuficiencias y nuevas exigencias de una formación cristiana adecuada a los nuevos tiempos y diversas circunstancias.

Para responder a ello, en renovada perspectiva de evangelización, la Iglesia vivía su Concilio Vaticano II. Y éste desataba, a su vez, profundos cambios eclesiales entrelazados con aquellas transformaciones del mundo secular, que exigían a su vez, a ritmos diversos, un considerable esfuerzo de "aggiornamento" y "recyclage" entre los cristianos.

Es bajo este doble impacto de nuevas condiciones seculares y eclesiales como cobra vigor y urgencia la idea-fuerza de la participación de los laicos en la vida y misión de la Iglesia, dando mayor consistencia y dinamismo al Pueblo de Dios, convocando a los cristianos a asumir parte más activa en la construcción de la comunidad eclesial y en su misión, impulsándolos a operar incisivamente en el seno de los pueblos para ordenar y transformar las realidades temporales según los designios de Dios. Un salto de calidad se exigía en la formación de los laicos. No en vano el Decreto Conciliar "Apostolicam actuositatem" dedicaría todo un denso capítulo a tal formación.

Más que nunca resultaba necesario superar la dicotomía que gruesamente podía presentarse entre la formación sistemática, densa y prolongada del clero y la de un pueblo cristiano apenas iniciado a la vida cristiana —o, en el mejor de los casos, arraigado con sencillez y fidelidad a la fe recibida pero muchas veces insuficientemente catequizado, formado. Mas aún, en tiempos de transformaciones profundas en un medio ambiente a menudo indiferente y aún agresivo respecto a sus creencias tradicionales. Una mayor densidad y más intensa difusión de la formación religiosa es condición para que ésta no quede rezagada y descompasada respecto a la retransmisión programada, multiplicada, tumultuosa e invadente de formas de la cultura secular. Ya no basta, en todo caso, la fe del "carbonero". Y eso tanto a nivel de la educación de la niñez como respecto a aquella de una juventud sometida a un crítico tránsito cultural en tiempos de "aceleración histórica" y aún del necesario "recyclage" cristiano de seglares adultos, en un dinamismo de formación permanente de todos los miembros de la Iglesia.

Por otra parte, dicha formación debía atender —y no separar, ni menos oponer— los dos aspectos de la vida y rol de los laicos en el seno de la comunidad eclesial y su presencia activa, una verdadera diáspora, en el "mundo". "Los seglares, cuya vocación específica los coloca en el corazón del mundo y a la guía de las más variadas tareas temporales"... "tienen, como campo propio de su actividad evangelizadora (...) el mundo vasto y complejo de la política, de lo social, de la economía, y también de la cultura, de las ciencias y de las artes, de la vida internacional, de los medios de comunicación de masas, así como otras realidades abiertas a la evangelización como el amor, la familia, la educación de los niños y jóvenes, el trabajo profesional, el sufrimiento, etc.". (*Evangelii Nuntiandi*, 70). La formación de los laicos debe por tanto reactualizar su "vocación específica" y multiplicar el número de los evangelizadores: "Cuando más seglares haya, impregnados del evangelio, responsables de estas realidades y claramente comprometidos en ellas, competentes para promoverlas y conscientes de que es necesario desplegar su plena capacidad cristiana, tantas veces oculta y asfixiada, tanto más estas realidades —sin perder o sacrificar nada de sus coeficiente humano, al contrario, manifestando una dimensión trascendente frecuentemente desconocida— estarán al servicio de la edificación del reino de Dios y por consiguiente de la salvación en Cristo Jesús" (*Evangelii Nuntiandi*, 70).

Peró también —y en interrelación fecunda— para asumir su "parte activa

en la vida y acción de la Iglesia" para su necesaria inserción y protagonismo "dentro de las comunidades de la Iglesia", ejerciendo su condición de "participes del oficio de Cristo, sacerdote, profeta y rey" (AA, 10). El Concilio Vaticano II convoca así a los laicos a una "formación completa y multiforme" para su plena eficacia apostólica, exigida "no sólo (por) el continuo progreso espiritual y doctrinal del mismo seglar, sino también por las diversas circunstancias, personas y deberes, a los que tiene que acomodar su actividad" (AA, 28).

Para responder y estar a la altura de tales exigencias y esperanzas, parece pues particularmente importante que los laicos no sean sólo instruidos acerca de sus propias funciones a desempeñar, sino también dotados de una doctrina segura y profundizada y entrenados para aplicarla a las diversas circunstancias de la vida. La formación no sería así sólo de nivel intelectual sino que también debe inculcar las virtudes del comportamiento cristiano y la capacidad de actuar en cuanto tal, logrando una síntesis vital entre tales virtudes teológicas y morales con el crecimiento de las cualidades humanas que están en su base.

Era y es necesario y urgente un crecimiento "vivencial" e intelectual en el itinerario del conjunto del pueblo cristiano —y en particular, de sus sectores laicales más activos— durante los agitados años post-Conciliares. Las referencias al "cristiano adulto", al "laicado consciente" o "maduro", a su "mayoría de edad", expresaban así —algunas veces mezclados con un cierto tono fatuo o ingenuo de nuevas élites laicales— tal necesidad y exigencia.

II. La formación del pueblo cristiano y de responsables o cuadros laicales

El tema de la formación del laicado corre el riesgo de limitarse a la formación de aquellos nuevos líderes seculares llamados a asumir las responsabilidades y tareas complejas de una mayor participación que la renovación eclesial y su misión evangelizadora en el mundo planteaban. Desde el punto de vista social, el Concilio Vaticano II toma primero al estamento sacerdotal y religioso y al laicado militante en movimientos apostólicos. Toca el núcleo de las personas más comprometidas en la Iglesia, en un marco inicial de clases medias urbanas, los estratos que disponen de mayor información, los más sensibles y atentos al nuevo acontecimiento. Son al mismo tiempo los sectores que sufren más hondamente el proceso de tanteos, búsquedas, oposiciones, crisis de identidad. Aún hoy, a veces se concentra y limita la perspectiva en los modos de formación de esos cuadros laicales, reduciendo la referencia a los laicos a aquellas minorías más activas en el proceso eclesial. Pero progresivamente se advierte que la exigencia de esa formación —tal como lo señalan la mayoría de las contribuciones recogidas antes y durante la Asamblea Plenaria del Pontificio Consejo para los Laicos —debe comenzar por re-considerarse desde el conjunto del Pueblo de Dios, desde el itinerario del común de los bautizados, como maduración personal y comunitaria de todos los cristianos. Por eso, variados aportes han hecho la distinción entre la formación común requerida para el pueblo cristiano y una formación especial para aquellos sectores más activos del laicado— élites, cuadros o líderes— en sus diversas responsabilidades y tareas eclesiales y seculares (distinción que no implica compartimientos estancos en el itinerario de la formación de los laicos, particularmente móvil y difícil de "medir" en diferentes niveles y sectores). Es, al fin de cuentas, similar distinción la que ya se planteaba en el Cap. VI del Decreto Conciliar "Apostolicam actuositatem" cuando se señalaba que "además de la formación común a todos los cristianos, no pocas formas del apostolado requieren, por la variedad de personas y ambientes, una formación específica peculiar" (AA, 28).

III. Modos de formación del conjunto del pueblo cristiano

Desde la visión del conjunto del pueblo cristiano, es posible advertir que la gran mayoría de los laicos han recibido tradicionalmente su formación en seno a tres ámbitos fundamentales que en lenguaje sociológico, podrían ser denominados como agentes de socialización religiosa: *la familia, la parroquia, la escuela*. El V Sínodo de los Obispos (octubre de 1977) se refirió particularmente a ellos como los "lugares de la catequesis". Hoy día resulta evidente que esos tres ámbitos fundamentales de formación de los cristianos han sufrido también un fuerte impacto por parte de las nuevas condiciones de vida societaria y, en ellas, han sido sometidos al discernimiento de sus reales capacidades educativas, a veces desbordados por influjos y desafíos diversos y exigidos de una "revisión" de su lugar y acción en el contexto de la misión pastoral de la Iglesia.

La familia

La Iglesia ha considerado siempre la familia como célula natural y básica del tejido social, el nosotros original de la humanidad, del hombre como unión de varón y mujer, en ese círculo fecundo, desbordante, de esposos, padre-madre, hijos y hermanos. Amor, sexualidad, reproducción de la vida, muerte... las realidades más determinantes del ser humano se anidan en ese espacio primordial, el más estrecho y más constante de la sociabilidad y de las relaciones interpersonales, donde se mezclan lo corporal, lo afectivo y lo espiritual. La familia —se ha dicho con razón— es el primer mundo del hombre, introductora a todos los mundos. Laboratorio privilegiado de retrasmisión de lo adquirido, su rol en la formación de las personas parece esencial.

Sacralizado el núcleo matrimonial, el Concilio Vaticano II se referirá a la familia como "Iglesia doméstica", para promover y estimular una aducción integral de todos sus miembros coextensiva a todas las etapas de la vida, escuela de vida cristiana en la intimidad y cotidianidad, hogar de iniciación y crecimiento humano y religioso, lugar insustituible de continuos y recíprocos testimonios de vida según el Evangelio.

En seno a un tránsito civilizatorio que modifica profundamente la vida familiar, las comunidades cristianas aseguran hoy toda una serie de servicios que quieren ser preciosa colaboración a la salvaguardia, renovación y promoción de esa función formativa de personas en la familia:

—defensa pública de la familia ante las tendencias disgregadoras y regresivas que la amenazan en su ser, integridad y misión, así como estímulo y promoción de sus factores de crecimiento, personalización y comunión;

—difusión de variadas formas de catequesis familiar, particularmente a través de la formación de la pareja en la preparación al sacramento del matrimonio y de la asunción de responsabilidades que de él derivan;

—creación de toda una serie de instituciones (consultorios, centros de formación matrimonial, escuelas de formación de agentes de educación familiar, programas de educación sexual y de paternidad responsable, etc.) al servicio de la promoción humana y cristiana de la familia;

—estímulo a la participación de las familias en la formación impartida en otras instituciones, como la escuela y la parroquia (asociaciones de padres, formación de "mamás catequistas", apoyos varios para la catequesis familiar, etc.).

Tanto éstas como otras actividades similares cuentan con el sostén a colaboración de comunidades familiares, de movimientos apostólicos y de espiritua-

lidad familiar que no sólo sirven como posibilidad de encuentro, intercambio y apoyo mutuo entre familias cristianas sino como factores de irradiación en la evangelización y catequesis familiar.

Las contribuciones para y en la Asamblea Plenaria del Pontificio Consejo para los Laicos subrayaron también algunos problemas que frecuentemente se plantean a este nivel de la formación cristiana en la familia:

— para reservar ese recinto, matriz de la humanidad a la libre responsabilidad de la pareja, a la intimidad del espíritu y la carne, a su señorío, a su delicadeza y educación —más allá de presiones y controles externos, artificiales, manipulantes— aún hace falta una mayor investigación y difusión en torno a los programas de formación de una paternidad y maternidad responsables;

— la relación estrecha que existe entre voluntad adquisitiva y hedonismo con el consumismo en sus múltiples formas, que incluye un pansexualismo, estimulado por los "mass media" interpela hoy a la familia cristiana a "no amoldarse al tiempo presente", para reafirmar su identidad en un nuevo estilo ejemplar de vida —más austero, generoso, ascético...— que levanta los niveles de desafío y exigencia de su formación humana y cristiana;

— crear un clima familiar propicio a esa educación integral de las personas requiere plantearse el problema y perspectiva de una política familiar adecuada a su estabilidad y sano desarrollo, así como de una superación progresiva de las condiciones de indigencia material y moral —promiscuidad, habitat insalubre y malsano, desquicio de sicologías y valores...— en que se hallan sumidas millones y millones de familias, convocadas a ser protagonistas —y células básicas— de nuevas formas de vida en sociedad;

— la socialización acelerada de la vida de la familia debe ser equilibrada, a la vez, por una salvaguardia del espacio de su intimidad y privacidad donde la calidad de las relaciones formativas en su seno compense a las más limitadas posibilidades de convivencia familiar;

— la escuela —y en particular la escuela católica— debe dar mayor importancia y sistematización a programas de preparación a la vida matrimonial y familiar;

— interés fundamental se pondrá en el desarrollo y difusión de programas de formación de la mujer que, en la actual dinámica de promoción de todas sus potencialidades como persona humana, sean también capaces de integrar y sostener el rol capilar, insustituible e incisivo de siembra formativa por parte de la madre respecto a sus hijos;

— el foso cultural que ahonda hoy día el "gap" generacional debe ser motivo renovado para plantearse, en nuevas condiciones, el desafío de la formación de la juventud en la familia y con la familia;

— cabe aún explorar y estimular tantos modos de participación de la pareja y de la familia, en cuanto tal, en la vida y misión eclesial, que repercutirían con provecho en la formación humana y cristiana de las personas para la propia familia, para la Iglesia para el mundo y quehacer histórico;

— la formación de la familia y en seno a la familia tendrá también en cuenta las diversas formas, estilos y condiciones de vida en contextos culturales y sociales diferentes para responder evangélicamente de modo más adecuado y propicio a sus necesidades y aspiraciones;

— atención especial debería prestarse a la formación humana y cristiana de las familias incompletas, de los niños abandonados, de los minusválidos, de los ancianos, de aquellas familias en extrema pobreza o peligro moral, donde se ejercerá la caridad de Cristo a través de la generosidad, hospitalidad y compañía fraternal a cultivar en y entre las familias;

—la formación a la oración a través de la práctica común de la familia y por la mutua piedad de sus miembros debe ser aún mucho más estimulada y sostenida por las Iglesias locales en las “Iglesias domésticas”.

La parroquia

El Concilio Vaticano II —en el Decreto sobre el apostolado de los laicos y, más específicamente, en su capítulo sobre “la formación para el apostolado”— insistirá también en la superación de “los límites de la propia familia” para abrir el espíritu de los niños —y con ellos, de los adultos— a las “comunidades tanto eclesiológicas como temporales” (AA, 30). En ese sentido, cabe aquí señalar que la parroquia continúa hoy siendo una estructura básica para la formación cristiana de la gran mayoría de los católicos. A través del encuentro comunitario, la predicación, la oración común, la vida litúrgica y sacramental —y a veces casi exclusivamente por su intermedio— los laicos reciben un alimento substancial de su vida cristiana. ¿Cómo se han ido renovando esas expresiones tradicionales de la actividad parroquial para potenciar su capacidad formativa del conjunto de los cristianos, hoy día?

Las contribuciones recibidas hacen referencia a toda una serie de servicios parroquiales que cobran vigor en ese sentido:

—un considerable esfuerzo se ha desplegado para formar a los seglares en cuanto a los cambios avenidos en la renovación de la vida litúrgica y para suscitar su mayor participación (guiones de misa y de oraciones, folletos de cantos, instrucciones, etc.);

—hay quienes señalan la importancia formativa sembrada difusamente por la instrucción dominical —en especial de la homilía— ya que, a su excepción, la gran mayoría de laicos adultos escapa a toda formación sistemática, organizada y periódica. De allí la importancia de una correcta programación y preparación de la predicación;

—la catequesis pre-sacramental es también una experiencia común y actual de particular formación de los fieles. En muchas partes se ha oficializado en la vida pastoral de las Iglesias locales, en otras, queda aún como esfuerzo más o menos difundido en comunidades parroquiales;

—la catequesis infantil y juvenil se ha desarrollado en forma notable, realizándose algunas veces en más estrecha colaboración con familias y escuelas. Abundan también las experiencias de participación y formación juvenil en variadas formas de grupos espontáneos, encuentros juveniles, convivencias, campamentos de vacaciones, etc.;

—más limitadamente se han iniciado experiencias particulares y sistemáticas de catequesis de adultos;

—la presencia y actuación de laicos en los Consejos Pastorales (cf. Decreto *Christus Dominus*, 27) y/o en los Consejos de Laicos (cf. *Apostolicam actuositatem*, 26) a nivel parroquial, inter-parroquial, diocesano, nacional e internacional, ha exigido y estimulando una formación adecuada a estas nuevas formas de participación y al mismo tiempo servido de pedagogía práctica para tal participación;

—lo mismo se debe decir de las comunidades parroquiales y de las Comunidades Eclesiales de Base en seno a las cuales se han ido formando numerosos colaboradores seglares, desplegando una mayor, más activa y más concreta participación laical en responsabilidades particulares y tentando, bajo la vigilancia y con la orientación de los Obispos, las primeras y provisorias experiencias de las

que podrán ser los nuevos ministerios no-ordenados mencionados ya por *Evangelii Nuntiandi*.

Ciertamente todos estos signos concretos del importante movimiento de renovación parroquial de los últimos decenios responde a una más profunda y actualizada autoconciencia eclesial acerca de su vida y misión en la difusión planetaria de aquella civilización urbano-industrial.

La parroquia ya no puede encuadrar el conjunto de vida pública y eclesial como, en buena medida, podía pretenderlo dentro del marco y horizonte limitado de la vida y estructuras rurales de antiguas cristiandades en las que se originara y desarrollara.

Ante el crecimiento acelerado y desequilibrado de la urbanización, las parroquias han ido creciendo en modo gigantesco; vastos espacios territoriales de población —en las regiones de jóvenes iglesias y aún de aquellas de larga tradición cristiana no pueden ser cubiertas por la atención parroquial; falta personal eclesiástico; el ser comunitario y misionero de la parroquia se enfrenta a nuevos estilos de vida urbana, a una revolución de mentalidades y conductas en cuyo dinamismo se advierte a menudo una disminución de ciertas prácticas sacramentales, una intensa movilidad y agitación en la vida ciudadana, una multiplicación compleja y plural de estímulos culturales, etc. Se ha anotado así la paradoja de una estructura parroquial que se revela, a la vez, como demasiado estrecha y demasiado vasta para la atención pastoral y formativa del conjunto de los fieles cristianos. Demasiado estrecha, pues el párroco ya no está en condiciones, en general, de seguir personalmente a todos sus feligreses desde el nacimiento hasta la muerte en todas las circunstancias de la vida, ni de proporcionarles toda la formación cristiana que necesitan.

Muchas veces se pierde el contacto con la gran mayoría de los feligreses. Se ha dicho, ilustrativamente, que “el cristiano nace en una maternidad y allí es bautizado; hace la primera formación en la escuela donde recibe su formación catequética; recibe la confirmación en una Iglesia principal; ejercita el apostolado en movimientos independientes del cuadro parroquial tradicional, en medios que desconocen esa parroquia, etc., etc.”.

No siempre es así. Pero lo cierto es que la nueva situación impone una articulación de las parroquias en una pastoral territorial, a su vez alimentada por una serie de servicios diocesanos y nacionales, integrada por una atención apostólica hacia los ambientes “funcionales” de la sociedad urbano-industrial, en el cuadro programático de la pastoral de la Iglesia local y como respuesta de la vocación comunitaria y evangelizadora de ésta ante los reales problemas y necesidades de hombres y pueblos en sus nuevos modos de convivencia.

En otras oportunidades —y en particular en zonas de “misión”, donde la red parroquial es insuficiente o casi inexistente para cubrir las exigencias de la predicación evangélica, de la vida litúrgica y, en general, de la animación de comunidades cristianas— se intenta promover la asunción de las propias responsabilidades por parte de las comunidades naturales para que afronten sus propios problemas y necesidades religiosas y creen los medios legítimos para responder a ellos. En esa dinámica de promoción comunitaria —que no llega a adquirir forma parroquial— se han visto desarrollar toda una serie de iniciativas de formación de líderes, de catequistas misionarios, de predicadores de la Palabra, etc. Tan importantes como delicadas responsabilidades exigen en los laicos que a tales servicios se dedican una seria y adecuada preparación.

Pero también es demasiado vasta la parroquia para alcanzar y responder con sus actividades y servicios al conjunto de sectores de población y de problemas de vida que se dan en su área territorial. De allí que durante la preparación

y realización de la Asamblea del Pontificio Consejo para los Laicos también se hiciera particular referencia a la multiplicación de "pequeñas comunidades" (Comunidades Eclesiales de Base, de familias, de villages), muchas veces reunidas y convocadas, en torno a la parroquia y aún coordinadas a nivel de la Iglesia local.

Como modos de mayor educación y participación a la vida comunitaria de la Iglesia, como expresiones de fraternidad y caridad recíproca, como ámbitos de lectura bíblica y oración, las Comunidades Eclesiales de Base cumplen una función importante en la formación cristiana más profunda y activa de sus miembros. Son semillero irradiante de líderes cristianos. Suponen y exigen una formación especial y diferenciada de agentes pastorales a su servicio (guías, animadores, "delegados de la Palabra", coordinadores, etc.). Ciertamente es que la extrema diversidad de sus experiencias crea una cierta indeterminación pastoral, así como exige discernimientos particularizados. Su dinámica de creación y desarrollo se da más espontáneamente en zonas rurales, en suburbios o espacios territoriales de cierta unidad vecinal en los que se recuperan formas tradicionales comunitarias o se responde a necesidades sentidas de re-socialización comunitaria. Tampoco pueden pretender sustituir a los movimientos y asociaciones "funcionales".

No se oculta también los riesgos de su encierro en ghettos narcisistas, de su recuperación en formas agresivas y desviadas de "representación" de las bases, de su arrinconamiento en horizontes localistas estrechos. Es necesario, pues, para desarrollar su cabal capacidad formativa de comunidades y líderes cristianos, que se abran a la comunión con la Iglesia diocesana y universal y que su acción se sitúe en la perspectiva de una pastoral de y para el conjunto del Pueblo de Dios, animada por intencionalidad evangelizadora.

También actúan en seno a la parroquia, o en relación con ella, Cofradías, Ordenes Terciarias, movimientos y asociaciones variadas a nivel local, experiencias muy diversas de agrupación espontánea o institucionalizada entre los feligreses. Muchas veces demuestran gran capacidad de animación de la vida litúrgica, espiritual y misionera de la comunidad parroquial, dando también mayor dinamismo a sus estructuras y servicios.

De tal modo, vastos esfuerzos se desplieguen para que la parroquia vaya convirtiendo ese conjunto complejo y diversificado de su realidad en una real, multifacética y articulada "comunidad de comunidades y servicios".

El Pontificio Consejo para los Laicos está pues interesado en proponer a los dicasterios competentes un estudio, evaluación y orientación respecto de la situación actual de la parroquia al interior de la vida y misión de la Iglesia y ante las actuales condiciones y desafíos de la evolución histórica, ofreciendo su aporte desde la perspectiva de la participación y formación cristiana de los laicos.

La escuela

Quedaría también por señalar el rol de la escuela en la formación cristiana de niños y jóvenes, particularmente en la escuela católica aunque también a través de los esfuerzos de programación y realización de cursos de religión en escuelas no confesionales (a niveles predominantemente primario y secundario pero de modo más limitado también en instituciones universitarias). Sin perder de vista su importancia y la alta consideración pastoral con que la Iglesia la tiene en cuenta, la Asamblea del Pontificio Consejo para los Laicos no ha considerado con detención, profundidad y globalidad su acción para evitar ampliar desmesuradamente la temática considerada, remitiéndose a los documentos de la competente S. Congregación para la Educación Católica (ver el reciente docu-

mento sobre "La escuela católica" así como otros acerca de "Universidades católicas", etc. de dicha Congregación).

Referencias y sugerencias fueron hechas, sin embargo, respecto al interés de atender e integrar la labor formativa de la escuela católica a sus diferentes niveles, en el cuadro dinámico de una pastoral diocesana y nacional; a la importancia de su evolución hacia la creación de verdaderas comunidades educativas; en donde profesores y alumnos, familias y auxiliares de la escuela sean interesados y aceptados como partícipes activos y responsables de su vida y servicios; a la necesidad de afirmar realmente su identidad y acción eclesial catequética y evangelizadora, integrando de modo fecundo —para todos los componentes de esa comunidad educativa y, en particular, para los alumnos el crecimiento humano, cultural y religioso hacia síntesis de vida cristiana, hacia una cada vez más madura inteligencia y práctica de la fe en el seno de la problemática socio-política y cultural de su tiempo y lugar; a la creación o sostén y estímulo de los movimientos apostólicos de educadores, graduados y estudiantes, sea al interior de la escuela católica, sea —y ello parece particularmente importante— en el mucho más vasto mundo "no confesional" de la escolarización.

Es esa tierra de misión, de evangelización y formación cristiana que exige a la Iglesia una reflexión y acción mucho más incisiva, creativa y programada para estar presente allí donde reciben parte de su instrucción y formación las nuevas generaciones, muchas veces ajena e indiferente a toda referencia explícita al Evangelio y aún, a menudo, contraria a una visión cristiana del hombre y su mundo desde un laicismo secularista o un marxismo ateo.

Familia, parroquia, escuela, asociaciones... ámbitos fundamentales para la formación y alimento cristiano del Pueblo de Dios, sin duda, están muy lejos hoy de monopolizar los muy diversos complejos y entretrejidjs circuitos y estímulos que inciden en el crecimiento de los "cristífideles". La vida del cristiano común está actualmente mucho más sometida a la intemperie —muchas veces agresiva— de su medio ambiente. No en vano se hace habitual referencia a la "crisis de los agentes tradicionales de educación"; al impacto de los mass media, a la influencia incisiva y capilar de la "macro-sociedad" en sus efectos positivos, desafiantes y perniciosos para la formación cristiana. De allí que la formación del pueblo cristiano no pueda considerarse en forma encapsulada sino que se plantee en relación directa con el "aire" que respira de la atmósfera ambiental de vida de los pueblos y naciones. Por eso, en general, tanto más favorecida y potenciada será la formación del pueblo cristiano en cuanto la evangelización, más haya sido y sea capaz de "alcanzar y transformar con la fuerza del Evangelio los criterios de juicio, los valores determinantes, los puntos de interés, las líneas de pensamiento, las fuentes inspiradoras y los modelos de vida de la humanidad"... en las diversas manifestaciones culturales de los pueblos (EN, 19).

Para que tal formación no quede, o bien relegada a "barniz superficial" expuesta al desgaste de un medio ambiente de respiro secularista, o bien limitada a minorías de muy fuerte carga en la fe, la encarnación del Evangelio debe demostrar su potencia para evangelizar —inspirar, depurar, empapar y trascender— las culturas. Sólo así cala en profundidad en el alma, en el ethos, en la sabiduría de los pueblos.

A ese respecto se han señalado durante la Asamblea Plenaria del Pontificio Consejo para los Laicos algunas contribuciones particulares. Algunas de ellas, insisten en la indigenización o inculturación de las Iglesias y su Mensaje, respetando obviamente su integridad, para recoger positivamente las semillas del Verbo que constituyen, al decir del Vaticano II, una auténtica "preparación evangélica" y anunciar "la riqueza del misterio de Cristo, dentro del cual creemos

que toda la humanidad puede encontrar, con insospechada plenitud, todo lo que busca a tientas acerca de Dios, del hombre y su destino, de la vida y de la muerte, de la verdad" (EN, 53). Tal inculturación es considerada como dinamismo de encarnación de la catolicidad, condición de una formación cristiana que no sea advertida y sentida como "totalmente extranjera" y marginal a la sabiduría y estilo de vida de los pueblos y base de su receptividad más difusa y arraigada.

Otras contribuciones se refirieron a las pontencialidades formativas que se expresan y se abren en las experiencias y manifestaciones de una religión o piedad popular. La fidelidad arraigada de pueblos evangelizados a sus tradiciones religiosas a través de modos de expresión congeniales a su propia cultura, debe así ser fortalecida con una catequesis adecuada ante el impacto de factores diversos de secularización. En peregrinaciones, visitas a santuarios, procesiones, devociones, grandes asambleas masivas, etc. se alimenta esa formación de los cristífideles como creyentes y miembros del pueblo de Dios, sobre todo, si resultan bien preparadas y asegurada una cierta continuidad en la atención pastoral de los fieles. En ese sentido, la educación de la fe no viene concebida como una simple trasmisión de contenidos intelectuales de élites "iluminadas" al pueblo "ignorante" sino como fecundación recíproca de la sabiduría y memoria cristiana de un pueblo y la mayor sistematización doctrinal a la que han accedido agentes pastorales a su servicio. Resultaría, pues, de interés que el Pontificio Consejo para los Laicos tuviera presente, estableciera contactos e hiciera conocer e intercambiar aquellas experiencias pastorales más significativas de expresión masiva de "piedad popular".

A otro nivel, el "aggiornamento" y la asunción de todas las responsabilidades de una formación cristiana se presenta como exigencia sentida para "toda una muchedumbre, hoy día muy numerosa, de bautizados que, en gran medida, no ha renegado formalmente de su bautismo, pero están totalmente al margen del mismo y no lo viven" (EN, 56). No poco incide al respecto la difusión invadente del secularismo, el influjo de la incredulidad y el bombardeo de mensajes seductores de facilidad hedonista y pragmática en un medio ambiente que elude las exigencias e interpelaciones cristianas. Sacudir inercias y fosilizaciones, superar incongruencias y convocar a coherencias severas entre la fe y la vida es vertiente esencial de la formación cristiana, a través de la predicación y catequesis, particularmente referida a los "no-practicantes" aunque necesaria para todos los cristianos.

Finalmente, y no por ello, menos importante, muy numerosas contribuciones han señalado los influjos y estímulos determinantes de los mass media en la multiplicación acelerada de circulación y propuesta de productos culturales. No faltan numerosas y fecundas realizaciones a través de los mass media puestos al servicio de la evangelización y formación cristiana, sea en medios intra-ecclesiales limitados pero extremadamente difundidos —bastaría citar la abundancia de boletines parroquiales o diocesanos, los cursos de teología o de cursos de catequesis por radio y televisión, el uso más difundido de audio-visuales como instrumentos de apoyo de la catequesis, etc. —o en mass media de más vasto alcance, dirigidos al gran público— diarios y radios católicos, programas de información y sensibilización religiosas en radio y TV, difusión de editoriales católicas (libros, revistas, etc.). Las respuestas recibidas dan cuenta de innumerables iniciativas al respecto, aunque muy desigualmente distribuidas según los diversos recursos humanos y materiales así como según las posibilidades de libre expresión por parte de las Iglesias.

Pero resulta así una masa de información y formación cristiana muy limitada en relación al volumen y ritmo global del multiplicador de la comunicación.

Ingenuo es suponer la neutralidad aséptica de lo que se recibe diariamente; influjos positivos y desquiciantes se entremezclan en circuitos y combinaciones diversas, con fuerte carga y capacidad moldeadora de mentalidades y comportamientos. El estímulo a la formación de una opinión pública crítica, la orientación especializada al pueblo cristiano al respecto, la creación y desarrollo de nuevos circuitos, formas y estilos de comunicación entre las comunidades cristianas y de la Iglesia con su mundo de encarnación, la multiplicación y presencia fermental y testimonial de los cristianos en el mundo de la comunicación, son entre otros aspectos, condiciones de una aproximación pastoral más incisiva en el seno de una cultura de masas.

IV. Modos de formación de los responsables o "élites" laicales

No puede separarse la atención propia a los responsables laicales de la pastoral de conjunto de la Iglesia. Primero esta la pastoral global, es decir, del pueblo entero, popular. Luego, vendrá la pastoral de los responsables, diversificación interna de la primera. Y en ella, la formación específica adecuada a las diversas vocaciones, ministerios y servicios.

El hecho de referirse a los "responsables" supone ya apuntar a un sector activo y significativo pero minoritario en el vasto mundo de los laicos. No es posible olvidar, al respecto, que para la gran mayoría del laicado las obligaciones de la familia, del estudio o del trabajo le ocupan buena parte de su tiempo disponible. Ciertamente que es a través de su vida cotidiana —familia, estudio, trabajo, relaciones de vecindad y amistad, diversiones...— como los laicos deben santificarse y santificar su mundo. Pero aparte de una vida de testimonio cristiano en la cotidianidad, poco tiempo sobrante le queda a la mayoría de los laicos para un plus de participación en actividades de movimientos y organizaciones eclesiales o para asumir otras responsabilidades más exigentes y absorbentes en la vida civil y eclesial.

Los responsables laicales deben demostrar una doble capacidad de disponibilidad y sacrificio para ofrecer parte de su tiempo escaso como animadores de comunidades cristianas, como militantes o dirigentes de movimientos, como catequistas y en otros ministerios no ordenados, como formadores de otros laicos, como líderes cristianos a diversos niveles de la vida secular y eclesial. En esas diferentes responsabilidades de "cuadros" laicales se requiere una más exigente formación, sea a nivel de la práctica como de la inteligencia de la fe profesada.

Acerca de tal información, la experiencia parece confirmar la importancia de respetar una serie de constantes que exigen un difícil equilibrio en la práctica y que pueden ser enunciadas teórica y esquemáticamente del modo siguiente:

— cuanto más esté un militante cristiano volcado y abocado a una acción intensa en sus compromisos y responsabilidades, más importante resulta que se puede dar el tiempo y la "distancia" suficientes para revisar, reflexionar, fundamentar y (re) orientar tal actividad —compartida en seno a comunidades cristianas— evitando que ésta desemboque en activismo desenfrenado;

— cuanto más responsabilidades asume un laico al interior de estructuras y servicios eclesiales, más debe estar atento respecto de la vocación específica de los seglares, en la secularidad, evitando clericalizaciones por asimilación;

— cuanto más secularizada sea la sociedad o el ambiente en que el militante cristiano se encuentre y actúe, más urgente resulta la exigencia de alimentar permanentemente su fe y reafirmar la propia identidad cristiana en la comunión eclesial;

— cuanto más especializada y sectorial es la actividad de un militante cris-

tiano, más debe ser ayudado a situarla en el cuadro global de la vida y misión de la Iglesia;

—cuanto más un militante cristiano asume responsabilidades de liderazgo, más debe estar llevado a vivir, acompañar y respetar el itinerario y ritmo de crecimiento del conjunto del pueblo de Dios, sin aislarse y desprenderse en elitismo infecundo y vanguardismo “iluminado”;

—cuanto más un militante cristiano asume una problemática de “frontera” y se enfrenta a exigencias sociales o culturales de búsqueda, investigación y apertura de nuevos caminos... mas debe estar arraigado en la roca de la fe eclesial, orientado por la base de sus certezas fundamentales.

Si tales enunciados teóricos plantean exigencias personales al militante cristiano, también lo hacen a las propias comunidades cristianas para que hagan posible, en sus concretos programas y estructuras pastorales, el equilibrio dinámico de tales constantes de formación.

a) *Los movimientos y asociaciones laicales de formación de militantes cristianos y la formación de líderes de movimientos de masas*

El conjunto de las contribuciones recibidas señalan el rol indispensable jugado por los movimientos y asociaciones en el proceso de formación de cuadros o militantes seglares. Pueden llegar a operar como multiplicadores e irradiadores de una formación cristiana más densa y exigente en el seno del pueblo de Dios, aunque en todo caso no llegan más que a agrupar y movilizar a minorías —por más que a veces consistentes y significativas— de la gran masa de seglares en las comunidades cristianas.

A través de sus carismas, pedagogía y ámbitos de acción muy diversos, las asociaciones operan como instrumentos propedéuticos de sensibilización a las exigencias ínsitas en la condición de bautizados de los cristianos, como invitación a una participación activa en la misión eclesial, como lugar de encuentro y vivencia comunitaria en clima de fe, como posibilidad de crecimiento y maduración en la inteligencia práctica del Evangelio por la conversión personal y el compromiso en la transformación del mundo en la perspectiva del Reino de Dios.

El aporte de dichas asociaciones puede medirse a través de su capacidad de formación integral de líderes cristianos, de su papel de fermentos en seno al pueblo cristiano para suscitar nuevas vocaciones laicales dispuestas a mayor servicio y dedicación al Evangelio, su posibilidad de sensibilizar los medios sociales que requieren una atención pastoral particular y una formación especializada, de su vigor como agentes multiplicadores y animadores de respuestas cristianas coherentes y fecundas en la vida eclesial y social. Sin mengua del necesario “apostolado individual” de todo bautizado, del que habla en particular el Decreto Conciliar “Apostolicam actuositatem”, la asociación apostólica evita la dispersión y a veces la soledad crítica de esfuerzos personales no compartidos y apoyados suficientemente, resulta más congenial al ser mismo de la comunión eclesial y a las nuevas formas de vida asociativa que se generan en la difusión de la civilización urbano-industrial y pueden asegurar mayor eficacia y continuidad (AA, 18).

Entre tales movimientos o asociaciones se señalan aquéllos particularmente centrados en tiempos fuertes de formación cristiana (como los Cursillos de Cristiandad, el Movimiento por un Mundo Mejor, etc.); otro sector de asociaciones reagrupa aquéllas particularmente comprometidas en el apostolado, la espiritualidad o la pastoral de la familia (Movimiento Familiar Cristiano, “Marriage Encounter”, Equipos de Nuestra Señora); la familia de movimientos de Acción Católica privilegia la “formación en la acción” desde la tradición y sucesi-

vas adaptaciones de la metodología del VER-JUZGAR-ACTUAR, la "revisión de vida", la dinámica "acción-reflexión-acción", etc.; las asociaciones de caridad y promoción humana (Caritas, Vicentinos, etc.), tratan de sensibilizar a los cristianos respecto de las exigencias de la ayuda fraterna en situaciones individuales y colectivas de indigencia material o moral por la práctica de la caridad; las hay también especialmente dirigidas a alimentar la formación y vida espiritual de los fieles, sea en las tradicionales órdenes terciarias y asociaciones marianas, sea en nuevos movimientos de renovación espiritual (como los Carismáticos). La variedad es muy grande. Podría citarse a toda una nueva y diversificada gama de experiencias asociativas como los Focolarini, las Comunidades neocatecumenales, etc. que reagrupan y forman un considerable número de laicos activos.

No faltaron contribuciones señalando la necesidad de una revisión global y profunda de los actuales problemas y perspectivas de movimientos y asociaciones laicales respecto a sus reales dinamismos en la formación cristiana y la evangelización.

Y en verdad fueron frecuentes en el inmediato post-Concilio no pocas situaciones de inercia y fosilización rutinaria que no encontraban renovados caminos de acción o de inversión desorientada de energías. Entre éstas se entremezclaron desviadas experiencias de desestructuración doctrinal y organizativa, aislamientos despegados y conflictivos en la marcha del conjunto del pueblo cristiano, hipercriticismos elitistas sin capacidad de convocatoria, de nucleación, de misión, politizaciones absorbentes y asimilaciones ideológicas acríticas, parcializaciones unilaterales en el concepto y en la práctica de la evangelización. Agudas crisis de identidad cristiana y eclesial serán así vividas a nivel de algunos movimientos y asociaciones. No serán capaces, algunas veces, de responder con solidez y coherencia a muy densos e intensos desafíos asumidos desde la inserción eclesial y la acción en el mundo. Faltaba, en ocasiones, una más lúcida y programada atención pastoral a dichos movimientos, una compañía crítica y estímulo re-orientador en el seno de las Iglesias. De tal modo, hay quienes señalan una cierta pérdida de vigor en la constitución y multiplicación de líderes cristianos en movimientos y asociaciones que cumplieron una tarea particularmente significativa al respecto en tiempos pre-conciliares y durante la realización del Concilio Vaticano II.

Obviamente no se trata de generalizar dicha crítica: no faltan asociaciones que han dado y continúan dando muestras de eficacia formativa, otras que intentan recuperar su dinamismo en un clima de mayor serenidad y arraigo eclesial, otras que nacen y se desarrollan con renovados entusiasmos. Pero el panorama continúa a ser insuficiente en relación a las exigencias y urgencias de la vida y misión eclesial.

En ese sentido, resulta interesante anotar algunas contribuciones y sugerencias recogidas en la Asamblea Plenaria del Pontificio Consejo para los Laicos acerca de tales movimientos y asociaciones en orden al potenciamiento de sus dinamismos formativos y evangelizadores:

— el Pontificio Consejo para los Laicos está llamado a proseguir e intensificar su labor de servicio, estímulo y discernimiento crítico respecto a las formas organizadas de apostolado laical en vista de su mayor y mejor participación en la vida y misión eclesial. En dicha tarea debe proceder a un activo diálogo y consulta con los Obispos y Conferencias Episcopales, recogiendo y estimulando los programas de pastoral diocesana y nacional de un laicado organizado. Mantendrá también relaciones permanentes con dichas asociaciones, en particular con las OIC y su Conferencia, en el cuadro de las orientaciones pastorales del Magis-

terio eclesial para potenciar su intencionalidad y acción primordialmente evangelizadora y por tal, formadora de agentes evangelizadores;

— resulta de particular importancia suscitar una tarea de programación prioritaria en aquellas áreas de realidad en donde se forman y actúan los militantes cristianos, creando espacios pastorales de colaboración entre movimientos apostólicos y otras iniciativas eclesiales. Entre ellos, cabe particularmente tener en cuenta:

- * *área de la familia,*
- * *área de la creación y comunicación de la cultura*
(intelectuales, hombres de ciencia, artistas, educadores y profesionales de los mass media),
- * *área de construcción de la sociedad* ("polis")
(políticos, técnicos y profesionales, sectores sociales de empresarios, obreros, campesinos...).

Se advierte, al respecto, sea una gran dispersión de esfuerzos aislados, sea una insuficiencia en cuanto a la formación de militantes, líderes y movimientos cristianos en determinados ambientes sociales de especial criticidad e importancia (mundo obrero, estudiantil, intelectual, cuadros técnicos funcionarios internacionales, comunicadores sociales, etc.);

— falta una coordinación adecuada entre los mismos movimientos y asociaciones laicales y entre éstos y otros medios pastorales de la vida eclesial para poner en común necesidades, recursos y programas de formación de militantes y dirigentes cristianos. Al respecto, conviene que el Pontificio Consejo para los Laicos preste mayor atención a la promoción de servicios de coordinación, a niveles diocesanos, nacionales, regionales e internacionales, de formación o reciclaje de líderes seculares. Tales servicios centralizados podrían ofrecer —más allá de la formación impartida en seno a cada movimiento o asociación laical— un background común de contenidos doctrinales, en especial eclesiológicos, y de conciencia histórica eclesial y secular, un espacio denso de alimentación de la vida espiritual y una formación praxeológica en el sostén de pedagogías, estructuras y medios de acción del apostolado organizado;

— el cuadro global de una pastoral de conjunto de la vida y misión eclesial en sus diversos contextos de encarnación debe asegurar una correcta y adecuada articulación, coordinación y apoyo crítico de los diversos movimientos y asociaciones laicales en sus respectivos espacios pastorales y de aquéllos con otras instituciones eclesiales, como la parroquia, comunidades eclesiales de base, comunidades educativas, etc. Dicha integración y colaboración pastoral evitaría el aislamiento de los movimientos y asociaciones y aseguraría los mecanismos correctivos y estimulantes ante situaciones de desorientación o insuficiencia en la formación y evangelización:

— se anota una insuficiencia respecto de una formación más intensa y adecuada de y entre dirigentes internacionales de los movimientos y asociaciones laicales, aunque se señale la capacidad de éstos para asegurar un intercambio de experiencias locales muy diversas y alargar el horizonte católico de la formación y acción de los militantes cristianos;

— muchos movimientos y asociaciones carecen de suficiente dotación de Asistentes Eclesiásticos, hecho que dificulta, sobre todo entre los jóvenes, una formación cristiana más sólida y profunda. Al respecto, conviene no sólo sensibilizar a Obispos y Conferencias Episcopales sino también solicitar mayor preocupación y atención acerca de la formación doctrinal y apostólica de tales Asistentes Eclesiásticos;

— hay quienes advierten, finalmente, la ausencia de una real “política de recursos humanos” en la Iglesia, en cuanto concierne a dirigentes laicales cuya fluidez, movilidad y trabajo voluntario genera dificultades para el aprovechamiento y la “reinversión” de experiencias y competencias adquiridas.

b) *Centros e Institutos de formación de laicado*

Una constante de todas las contribuciones recibidas demuestra como se han creado y desarrollado en las Iglesias, durante los últimos años, una gama variada de Centros, Institutos, etc. para responder a las necesidades de formación de los más numerosos agentes pastorales y, en particular, agentes laicos. La lista sería muy extensa. Institutos de Teología para la formación del clero se han abierto a los seglares, así como se han creado Institutos de Teología para laicos, dentro o con autonomía de las Universidades Católicas, concediendo títulos profesionales y grados académicos en algunos países (a veces hasta por correspondencia o por intermedio de los mass media). En las Universidades Católicas se han desarrollado Departamentos de Ciencias de la Religión con un creciente número de alumnos inscripto y en cursos. Institutos de Cultura religiosa superior —en seno a las Iglesias locales o dependientes de Congregaciones religiosas— ofrecen cursos muy variados a cristianos empeñados en profundizar su formación intelectual. Abundan particularmente los Institutos de Formación catequística en casi todas las Iglesias, mientras que aumentan también los Centros de Educación de Adultos para el “recyclage” de la formación cristiana. Entre otros, cabría también citar diversos centros o seminarios de formación pastoral, Institutos de estudio y difusión de la doctrina social cristiana, centros de cultura popular, escuelas de promoción femenina, de educación y animación rural, de investigación y promoción de la pastoral juvenil, etc. La formación que brindan es más o menos sistemática según sus objetivos y organización interna. En general preparan y cooperan en la formación de agentes pastorales a diversos niveles —animadores de comunidades, catequistas de niños, jóvenes y adultos; profesores de religión para escuelas católicas y no-confesionales, colaboradores de la parroquia y dirigentes de Consejos diocesanos y parroquiales, seglares para el ejercicio de ministerios no ordenados, etc. así como de responsables y militantes cristianos para su acción en el “mundo”.

Un estudio de los curriculum y cursos de toda esta vasta variedad de Centros —imposible de hacerlo aquí y ahora— podría ser particularmente ilustrativo de los contenidos que se consideran apropiados para la formación de laicos a diferentes niveles. Se recomienda, pues, al Pontificio Consejo para los Laicos recoger, estudiar y evaluar las informaciones provenientes de las Conferencias Episcopales acerca de la existencia y servicios de tales Centros e Institutos, en vista de:

— los modos más adecuados de asegurar un equilibrio fecundo y dinámico entre formación doctrinal, espiritual y práctica;

— estimular una formación sólida y adecuada respecto a las diversas situaciones eclesiales y seculares a los que los líderes laicos se hallan afrontados;

— suscitar la formación de enseñantes seglares para dichos centros pastorales;

— ayudar, si fuese el caso, a encontrar los medios financieros adecuados, interesando en estas iniciativas a las fuentes eclesiales de financiación y sensibilizándolas a poner entre sus prioridades toda ayuda a la formación de los laicos;

— hacer circular e intercambiar las realizaciones más interesantes y fecundas al respecto.

c) *Iniciativas espontáneas y diversas*

Un vasto campo de iniciativas espontáneas y diversas —enormemente variadas y difíciles de sistematización— se dan en las diversas Iglesias para la formación de líderes seculares, más allá de la acción permanente y orgánica de movimientos y asociaciones, Centros e Institutos ya enumerados. Baste solamente citar toda una serie diversa de experiencias comunitarias, de grupos juveniles muchas veces en proceso de coagulación en una "pastoral juvenil", de obras de asistencia, voluntariado y "promoción humana" ante diversas necesidades y exigencias del servicio de caridad, educativo y misionero en la vida y misión eclesial, etc. Para que tal espontaneidad y espíritu de iniciativa y servicio no se diluya en experiencias discontinuas y aisladas, deberían éstas ser reconducidas y aprovechadas en el cuadro de la pastoral eclesial y, en particular, de aquéllas del laicado organizado.

d) *Líderes y militantes cristiano en la "diáspora" de sus compromisos seculares* (políticos, sindicales, culturales, etc.)

Muchos líderes y militantes cristianos que han asumido exigentes responsabilidades y desafíos en la vida social, política y cultural de los pueblos, no encuentran, a menudo, los medios y ámbitos adecuados y estimulantes de revisión y formación cristiana de tales compromisos. Las razones pueden ser de muy diversa índole;

— el carácter absorbente de las responsabilidades ejercidas y el escaso tiempo disponible;

— una cierta "distancia" que puede crearse entre tales dirigentes de notoriedad pública y la comunidad eclesial para evitar los riesgos de confusiones y colusiones con las opciones asumidas bajo responsabilidad personal por aquéllos;

— dificultades y tensiones que puedan generarse en seno a las comunidades cristianas, en ciertas coyunturas, por la diversidad de opciones políticas de militantes y líderes cristianos, etc.

No faltan así las situaciones de "cuadros" cristianos que han asumido a fondo su vocación específica de seculares a los niveles importantes y urgentes de la política, del sindicalismo, etc. —llamados y estimulados a ello por la propia Iglesia y su Magisterio— que quedan aislados y dispersos en condiciones difíciles y delicadas para una vida, testimonio y servicio en coherencia con el Evangelio y las enseñanzas de la Iglesia. En todo caso, parece importante que tales dirigentes y militantes cristianos reciban servicios de una formación cristiana de suficiente rigor y periodicidad para ayudarles a crecer en la inteligencia de la fe en la medida de las exigencias desafíos de sus compromisos. Para ello, oportuno sería prever diversos ámbitos posibles de inserción práctica en comunidades cristianas para que, además de la indispensable participación litúrgico-sacramental, pudieran compartir con otros cristianos y en seno a la Iglesia local su experiencia cristiana, discernir y apuntalar la coherencia de sus compromisos con la fe eclesial, plantear sus propias necesidades doctrinales y religiosas, crecer en el diálogo, interpelación recíproca y mutuo respeto que deriva de un pluralismo de legítimas opciones políticas entre los cristianos convocados en la unidad de la vida y misión eclesial.

Sea a través de su integración en movimientos apostólicos o en comunidades parroquiales o de "base", sea por medio de un servicio de publicaciones especializadas, sea por cursos o seminarios de investigación o difusión acerca de diversos aspectos del Magisterio social de la Iglesia, sea por la creación de otros ámbitos particulares para su encuentro y diálogo en Iglesia, cabe un esfuerzo de imaginación pastoral, de convocación eclesial y servicio formativo a todos esos "responsables" que necesitan de un sostén y una alimentación de su vida cristiana en su experiencia secular.

V. Pedagogías en la formación de los laicos

En general las contribuciones recibidas insisten —como una de ellas así lo expresa— "que la formación sea integral, dinámica, progresiva, permanente, adecuada a quienes se dirige, respetuosa de la persona, profunda y sólida". Hay consenso general en tal enunciado genérico que es significativo de ciertas adquisiciones rectoras en cuanto concierne a la pedagogía de toda "formación", fundadas sobre la base que el "primer actor en la formación es y resta siempre Dios mismo" que "escuriña los corazones y los riñones" (S. 7, 10) y que traza las vías por las cuales El conduce al hombre según su pedagogía divina.

Implícita o explícitamente, tales aportes señalan diferentes aproximaciones o estilos pedagógicos en la formación de los laicos, según variadas experiencias pastorales. Hay quienes insisten en el estilo que podría convencionalmente llamarse "didáctico" o de adoctrinamiento (en el sentido amplio de anunciar sistemáticamente un mensaje, de transmitir orgánicamente el testimonio de ciertos hechos o el contenido de ciertas doctrinas de la fe); y otros que hacen particular referencia a un método de concientización o "experimental" (como indicación de un proceso de búsqueda para descubrir los signos de la acción e interpelación de Dios en la propia vida, en la experiencia mundana).

El sentido y la palabra misma de "adoctrinamiento" ha despertado comúnmente en los últimos años una actitud de rechazo en muy vastos sectores eclesiales. En sus formas más extremas, se criticaba a una formación entendida y practicada esquemáticamente como mera transmisión lógico-deductiva de recetas de vulgarización teológica, de fórmulas racionalistas abstractas, encerradas en su propia coherencia interna y muchas veces sentidas como paralelas y extrañas a los problemas y situaciones concretas de la vida personal y social, sin potencialidad real para generar una profunda, global e integral conversión y educación en la fe. Una tal formación que no asume tampoco todo el arte y los progresos de la ciencia de la educación, corría el riesgo de quedar aislada como flor de invernadero, en una "exterioridad" sin comunicación con la vida. Su sistema de ideas, completo y acabado, provocaba el inmediato temor del encierro del cristiano en una artificiosa seguridad apologética, incapacitándolo para la búsqueda, la investigación, la revisión profunda, los intentos de elaboración de respuestas de fe adecuadas a las diversas situaciones de la vida.

Todo un redescubrimiento y revalorización de las exigencias prácticas de la acción cristiana, de la posibilidad de formarse en la fe a partir de esa acción y experiencia compartida y revisada desde el Evangelio, de la atención a los "signos de los tiempos", de la tensión necesaria e inescindible —nunca contrapuesta— entre la "ortodoxia" proclamada y la "ortopraxis" exigida, en fin de la legítima preocupación de integrar plenamente la fe y la vida... ayudó a replantear y proponer nuevas pedagogías inductivas de formación, tendientes a superar una educación doctrinal de la fe que se redujese a la simple profesión intelectual y abstracta de un catálogo de verdades transmitidas. No en vano el De-

creto. Conciliar "Apostolicam actuositatem" insistirá, entre las asociaciones, a "considerar en primer lugar las que favorecen y alientan la unidad más íntima entre la vida práctica y la fe de sus miembros" (AA, 19), afirmando también que "la formación al apostolado no puede consistir solamente en la instrucción teórica", aprendiendo "poco a poco y con prudencia, desde el comienzo de su formación, a verlo, a juzgarlo y a hacerlo todo a la luz de la fe, a formarse y perfeccionarse a sí mismo por la acción con los demás y entrar así en el servicio de la Iglesia" (AA, 29).

De allí la difusión de aquellas intuiciones pedagógicas de la "formación en la acción", la "revisión de vida", la "concientización", etc. Pero en el extremo opuesto de ese adoctrinamiento extrínseco, la formación practicada se ha reducido parcialmente y a menudo a una especie de ensalzamiento desequilibrado de la vida, de la experiencia, como criterio rector de comportamientos y actitudes. En el horizonte estrecho de las propias experiencias y necesidades —muchas veces penetradas de fuerte carga subjetivista se acentuó una repulsa o minimización de la doctrina sacrificada en aras de la "pureza" de una fe inaccesible por una parte, o de un pragmatismo de la agitación militante, por otra. ¿No ha sido así como muchos cristianos llegan a considerarse liberados de la tutela "dogmática", "doctrinal", para absorber rápida y acríticamente otros contenidos doctrinales —y no precisamente congruentes con su cristianismo— presentes en los ámbitos en que desarrollan su acción?

Por eso uno de los aportes recibidos —entre otros— reaccionaba reclamando "una alta prioridad a una enseñanza doctrinal inteligentemente presentada y que asegure a los cristianos de hoy una base completa y sólida de conocimientos en materia de fe y de moral individual y social". Cualquiera que sean las pedagogías puestas en obra, se tendrá en cuenta que "la iniciación de la fe y su profundización comporta a priori la escucha de la Palabra: es decir una enseñanza dada por un Maestro. Es un elemento capital de toda formación cristiana que no se reemplaza multiplicando las concertaciones, los diálogos, los intercambios y las encuestas".

Más allá de los extremos que se señalaran, la formación de los laicos no podrá más que realizarse en la conjugación entre el "recibir" la tradición de la fe y el "ahondar" la experiencia de la fe; entre crecer en la fe porque se sigue acogiendo y asimilando el mensaje de Jesucristo transmitido por la Iglesia y crecer en la fe porque se va descubriendo la presencia activa y la llamada del Dios de Jesucristo en la experiencia humana; entre el conocer una "exposición" de la fe y el participar en una "reflexión-revisión" que revela la fe en la realidad vivida; entre la iniciación al encuentro con el Señor en las Sagradas Escrituras, en los sacramentos, en la oración y a aquél que entrevé Su rostro en el prójimo, en el hermano; entre la transmisión articulada y sintética de las verdades de la fe y la búsqueda irremplazable que supone toda historia personal de conversión permanente a la voluntad de Dios en la propia vida... Parece indispensable que se opere esa interacción en la formación.

Por otra parte y más allá de la diversidad citada de estilos, hoy resulta casi un denominador común la convicción arraigada de la capilaridad formativa de la convivencia comunitaria, del ejercicio inmediato de la caridad fraterna en grupos más o menos pequeños o mayores de cristianos reunidos, del compartir entre cristianos un ambiente y un itinerario propios de densidad espiritual y conversión personal y colectiva. La pedagogía de formación cristiana implica, pues, ese vivir y sentir en comunión eclesial, a través de diversas experiencias comunitarias.

VI. Algunos apuntes sobre los contenidos de la formación

Conviene tener presente que, en lo que se refiere a este subcapítulo, la segunda Asamblea Plenaria del Pontificio Consejo para los Laicos cuenta como "background" las introducciones bíblica y teológica, que sobre la formación cristiana de los seglares ofreciera el Revdo. P. Martini —Rector del Instituto Bíblico de la Pontificia Universidad Gregoriana— y S. E. Mons. Lucas Moreira Nevés —Vice-Presidente del Pontificio Consejo para los Laicos—. A ellas se remite. Como también y muy particularmente, a todos los criterios y orientaciones acerca de las exigencias básicas e integrales de toda formación cristiana —adecuadas a las diversas circunstancias de tiempo, lugar, cultura— a las que se refiriera el último Sínodo de Obispos sobre "la catequesis en el mundo contemporáneo". Desde tal marco y horizonte, se inscriben algunos aportes dados en dicha Asamblea.

Por supuesto que, respecto a los contenidos de tal formación, se parte de la base y horizonte de un necesario desarrollo integral de todas las virtualidades del ser humano y de todas las personas. La Iglesia alienta todo programa y experiencia de alfabetización, de expansión de la escolaridad, de promoción y formación humana a diversos niveles que permitan al hombre y a los pueblos a ser protagonistas activos y conscientes de su propia realización, crecimiento y madurez en el dominio de la naturaleza y el progreso social, abiertos a la trascendencia; así como todo combate por superar las condiciones y situaciones prácticas e ideológicas de vida societaria que limiten las posibilidades de expresión y participación de todas las potencialidades humanas.

Sobre esa base de formación humana, se inserta y desarrolla la formación cristiana.

Al respecto, se insiste —tal como lo expresara un Consultor que "está hoy felizmente bien clara la necesidad de centrar toda formación cristiana en Cristo, su persona y su don, es decir los misterios de la Encarnación y la Redención, de los cuales se tendrá cuidado a no evacuar el sentido esencialmente sobrenatural pasando demasiado rápidamente en nombre de una teología de la encarnación, a disquisiciones sobre la historia, el mundo, los compromisos temporales, etc. Junto a esta orientación sobre Cristo, se insistirá sobre una buena formación a propósito de la Iglesia en toda su plenitud en la riqueza de sus funciones y de sus aspectos, sin exceptuar nada. Si el "aggiornamento" ha dado a menudo a los laicos una conciencia más viva de su responsabilidad en la Iglesia y de las exigencias de su compromiso, no ha siempre comportado una "mise en place" de esos elementos en una visión eclesiológica correcta". Una eclesiológica de acentos unilaterales o insuficiente precisión y claridad provoca desorientaciones prácticas y radicalizaciones estrechas y desviadas.

En tal sentido, un cuadro sólido de fundamentos teológicos parece ser de particular importancia para su mejor difusión entre los cristianos y, particularmente para aquéllos más activos en el seno de la comunidad eclesial y en sus responsabilidades seculares.

El esfuerzo de un estudio perseverante no puede obviarse con un fatuo encandilamiento de slogans, generalidades de moda, pensamientos deshilvanados que dan la peligrosa ilusión de contar con una formación "iluminada". Tanto más exigentes y críticos resultan los compromisos y responsabilidades asumidas por los seglares, y secularizados y agresivos los ambientes en que las ejerzan —tal como ya se ha dicho—, tanto más importante y urgente resulta la solidez arquitecturada de su formación teológica.

Obviamente dicha formación teológica debe ser fundada y alimentada, como lo señalan variadas contribuciones, por una lectura frecuente de la Palabra reve-

lada en la Biblia, cuyo "manejo" exige convenientemente una formación especial que debería ser lo más vastamente difundida en el conjunto del pueblo cristiano, de la cual dan cuenta varias experiencias.

La formación moral parece más necesaria que nunca —y en particular aquella respecto a la vida familiar cristiana— dado el impacto capilar y agresivo de una atmósfera societaria muchas veces contaminada por un hedonismo difuso, laxismo permisivo y degradación de costumbres y valores. La conciencia de los seculares debe estar pues particularmente iluminada por una ética natural y cristiana que oriente los comportamientos.

Particular insistencia se hace también respecto a la formación cívica de los seculares para el ejercicio de sus responsabilidades en la "restauración cristiana del orden temporal". La formación técnica sería y adecuada es condición necesaria pero no suficiente. Se hace referencia asimismo a la utilidad de retomar con vigor crítico el estudio, la investigación y divulgación renovada de las enseñanzas sociales de la Iglesia. "La crisis de sociedad por la que atravesamos, más especialmente en Occidente —señala otro Consultor del Pontificio Consejo para los Laicos— reclama un aporte original de los cristianos que parecen, por el momento, demasiado llevados por el pensamiento marxista o demasiado instalados en el capitalismo liberal donde afirman un anticomunismo primario". Entre la confesión de la fe como genérica "motivación" o inspiración de la conciencia creyente y la práctica militante absorbente, los contenidos y mediaciones de una ética social cristiana pueden ayudar a una mejor lucidez, discernimiento, imaginación, capacidad de propuesta por parte de los laicos comprometidos en la vida "polis" para evitar confusionismos eclécticos o seguidismos oportunistas y ofrecer contribuciones plurales de neto cuño evangélico en los combates por formas societarias de más fraternal, justa y pacífica convivencia.

No faltan tampoco experiencias de una particular formación al ecumenismo, particularmente en situaciones donde el diálogo y cooperación de los católicos con otros cristianos son más activos y necesarios, exigiendo tanta solidez en la doctrina católica y discernimiento pastoral como espíritu ferviente de búsqueda de la unidad en Cristo y su Iglesia y testimonio común ante el "mundo"; y aún, en un sentido más lato, como preparación de los cristianos respecto de situaciones en donde se da una vasta influencia de otras religiones no cristianas.

Por último —y en la base y animación esencial de toda formación cristiana— se exige una vigorosa alimentación de vida espiritual de todos los seculares. No hay duda que se aprecia hoy día, a través de múltiples signos, una demanda y necesidad más difusa y sentida de formación espiritual en seno al pueblo de Dios y, aún, a través de las búsquedas —desde las más serias hasta las más esotéricas— entre los contemporáneos de tiempos de crisis civilizatoria. Se puede anotar entre los católicos seculares la multiplicación de participación en experiencias de retiros espirituales —citado en varias contribuciones recibidas—, la rápida difusión de movimientos de renovación espiritual, la atracción —en particular entre los jóvenes— de experiencias de vida contemplativa, una más viva e intensa participación litúrgico-sacramental según los ambientes, etc. En todo caso, parece necesario cultivar mucho más una disciplina de vida espiritual para el laico, para la familia, para las diversas comunidades cristianas y movimientos apostólicos. Y en ella, una formación y arraigo litúrgico-sacramental mucho más central, como fuente y culminación de toda vida cristiana. Si un apostolado que no cumple con su fin de hacer que los hombres participen de la cena del Señor es puro movimiento sin trascendencia sobrenatural, una formación y participación litúrgica que no arrastra a los fieles a una caridad misionera y liberadora queda trunca y déforme. Más allá del militatismo activista en su absorción seculari-

zante y de un espiritualismo etéreo y desencarnado, la formación espiritual de los laicos requiere tiempos y lugares para alimentar una relación personal y comunitaria de alabanza, acción de gracias, adoración y comunión con Dios, que anime íntimamente su santidad y testimonio cristiano en los tiempos y lugares de su vida cotidiana. El último capítulo de la "Evangelii Nuntiandi" ofrece todo un programa para el cultivo de esa vida espiritual irradiante de vigor evangelizador: "bajo el aliento del Espíritu", "testigos auténticos", en "búsqueda de la unidad", "servidores de la verdad", "animados por el amor", "con el fervor de los Santos", junto a "María, estrella de evangelización".

"Directorio para Misas con Grupos Populares"

En el n. 12 de nuestra Revista, diciembre de 1977, pp. 547-557, hemos publicado en nuestra traducción del original portugués el texto aprobado por la Asamblea General de la Conferencia Episcopal del Brasil del "Directorio para Misas con Grupos Populares". Sin embargo este Directorio acaba de ser desautorizado por la Sagrada Congregación para el Culto Divino. A los que por nuestro intermedio han recibido el texto español del Directorio, comunicamos ahora las tres cartas del Cardenal Knox, fechadas el 4 de Diciembre de 1979, la primera en español y las otras dos en portugués, traducidas por nosotros al español.

1. Carta al Presidente del CELAM

Excelencia: Me es grato enviarle la fotocopia de dos cartas que esta Congregación ha dirigido al Excmo. Sr. Presidente de la Conferencia Episcopal Brasileña, y en las cuales se trata de la delicada cuestión del llamado "Directorio para Misas con Grupos Populares", y se comunica la decisión que, después de atento estudio y madura reflexión, se ha creído oportuno tomar. El texto de las citadas cartas ha sido aprobado por el Santo Padre.

Por disposición de la autoridad superior, la decisión tomada por esta Congregación ha sido comunicada a todos los Representantes Pontificios de los países de lengua española y portuguesa, así como a la Presidencia del CELAM, rogando su publicación.

Aprovecho la ocasión para saludar atentamente a V. E., mientras renuevo el testimonio de estima y respeto.

James R. Card. Knox (Prefecto).

2. Primera Carta al Presidente de la Conferencia Episcopal del Brasil

Excelencia: Incluida en la presente, envío a Vuestra Excelencia Reverendísima, la carta con la cual este Dicasterio responde a la petición presentada por los Obispos del Brasil sobre el "Directorio para Misas con Grupos Populares".

La obligatoria respuesta negativa, dada por esta Sagrada Congregación al pedido de confirmación del texto, podrá desilusionar, en cierto modo, a los que procuraban dar una respuesta a determinados problemas pastorales. Y ésto es plenamente comprensible.

No obstante, esta Congregación juzga que puede y debe encontrarse igual-